

EUROPA NO ES ESTRASBURGO

Por J. L. GOMEZ TELLO

La exacta verdad es que los españoles somos españoles gracias a tres cosas. Porque Africa es una vocación permanente impuesta por la geografía, porque América es el campamento natural de nuestras empresas espirituales y porque, sin que la cosa pueda torcerse, estamos acampados sobre la geografía dramática de Europa, participando de sus destinos y siendo sus misioneros en los otros dos Continentes. A mí me gustaría saber qué español puede sentirse español desligándose de uno solo de estos tres vínculos. Los Reyes Católicos perfeccionan el sentimiento de lo español proyectando su resplandor sobre Africa, América y Europa simultáneamente. Lo que sucede es que en unos españoles es más intenso el fermento africanista, como en Unamuno. Otros son más americanistas, como Maeztu. Otros son más europeos, como Ganivet. (De intento cito estos tres nombres, para que la juventud sepa a qué atenerse. De intento los tres están escogidos entre la generación del 98, no por nada, sino por aquello de que los nietos tienen razón con sus abuelos contra sus padres.) Yo creo ser un nieto de los tres, de Maeztu, de Ganivet y de Unamuno. Soy hispanoamericano, africanista y europeo para sentirme español a mis anchas. Somos hispanoamericanos y creemos en el crisma de nuestra cultura en el meridiano de las estrellas australes. Bien; pues trabajemos de tal modo que Hispanoamérica pueda recibir de nosotros trescientos ingenieros mejores que los ingenieros de Detroit; trescientos hombres de ciencia mejores que los de Pensilvania; trescientos de los mejores aviadores, y los mejores trescientos novelistas e intelectuales, y hagamos que vengan a nuestras Universidades y Laboratorios los hijos de los estancieros de la Pampa en vez de ir a la Sorbona. Somos africanistas, como lo fueron los hombres que en épocas de abandono se batieron por la idea permanente de Africa, por la gran política en Africa, por la gran misión de Africa, en libros tremendos, espléndidos, donde anticiparon lo que Africa debía ser para los españoles: vías de comunicación, irrigación de tierras desérticas, pantanos, ferrocarriles, nuevas

ciudades nuevas graneros. Poco a poco vamos viendo cómo esos sueños de nuestros "africanos" van haciéndose realidad viva. Soy europeo. Lo soy exactamente, con exactitud que puede exhibirse ante los señores reunidos en Estrasburgo, desde 1941. En algún lado he contado cómo los españoles ganaron el campeonato de disparar un antitanque sacándoles tres minutos de ventaja a los más expertos antitanquistas. Esos tres minutos se los sacamos también a muchos anticomunistas flamantes de hoy, disparando sobre el comunismo, ese gran tanque estepario que quiere aplastar Europa. Ciertos recuerdos le pertenecen a uno solo; pero me temo que Europa no puede defenderse si no cuenta con los antitanquistas españoles. La Europa que ha nacido—o han enterrado, eso depende de opiniones—en Estrasburgo es, sin embargo, una Europa a la que hay que guardarse mucho de dar la adhesión incondicional. Ya su cuna resulta sospechosa. Porque no hay que olvidar que en Estrasburgo nació en laicos pañales "La Marsellesa"...

"La Marsellesa" fué el himno de esa unidad europea que quiso hacer Napoleón. Un himno donde está veinticinco veces la palabra libertad, libertad querida en nombre de la cual los cañones del Corso tiranizaron a todos los pueblos. Fuimos los españoles los que demostramos que la libertad no se puede regalar con músicas de Estrasburgo, sino que siempre hemos preferido conquistarla a tiros. Aunque tarde, Europa se enteró y es de suponer que los pueblos no habrán olvidado la lección. Sabe más dulce la libertad y es más libertad cuando se gana el derecho a ser pueblo libre que cuando se extiende un certificado, bien sea por los coraceros de Murat o bien sea por los discursos pronunciados en torno a una mesa en un pequeño chalet de Estrasburgo en 1949.

¿Que Europa es ésta que hoy dicen que ha nacido? Europa alegre y confiada. Confiada porque cree que con veinte divisiones—cálculo muy optimista—y unos cuantos discursos puede oponerse a la ola de ciento cincuenta divisiones soviéticas, sobre todo cuando los anticomunistas europeos se llaman como se llaman, es decir, los nombres más frecuentes en los telegramas de felicitación a Stalin cada vez que la zarpa de éste destrozaba un trozo más de la arquitectura física y espiritual de la amada Europa: Viena, Budapest, Praga, Bucarest, Berlín, Königsberg... Puede haber ciertas mentalidades que se hayan deslum-

brado con ese banderín anticomunista agitado por Churchill o con la venerable presidencia de Spaak. Digamos las cosas claras. Todavía son ignorables, completa y absolutamente ignorables, las credenciales anticomunistas de Churchill, el hombre que llamaba "querido amigo" a Stalin en fecha no tan lejana como en 1945. Y mucho más ignorables las de Spaak, el socialista belga que comenzó su carrera política defendiendo como abogado a los comunistas y asaltando los locales de un periódico católico que se llamaba "La Nation Belge". Ahora lo que apedrea en Estrasburgo no es la nación, es toda Europa. Detrás de estos dos hombres están los habituales corifeos. Pero ¿en nombre de quiénes pueden ellos hablar de Europa? Ellos, precisamente ellos, los que más ayuda prestaron en su día al comunismo. Sin duda, ya han olvidado la entrega de doce países con millones de seres que hoy forman las legiones de esclavos irredentos. En los oídos de los europeos deportados a Siberia por el bolchevismo, en los corazones de millones de seres que hoy sufren la miseria y la humillación, hasta en los corazones de los muertos maravillosos por Europa, los muertos que todos sabemos, deben sonar de un modo sombrío los discursos de Estrasburgo. Diríamos que son una burla si no hubiera que considerarlo en serio.

Y en serio, ¿cree alguien que un puñado de políticos cuya capacidad para equivocarse una y otra vez—en Yalta, en Teherán, en Casablanca, cuando la marcha hacia Berlín y Viena, en Postdam, con Tito, en Grecia, en Polonia, en Palestina, en China, en Corea...—está suficientemente demostrada, han creado Europa en una pequeña ciudad alsaciana? ¿Qué Europa es esa? ¿Qué nos dice esa Europa a los hispanos? Porque, aun con la mejor intención del mundo, no logramos comprenderla, como tampoco entendimos la que intentaron forjar los cañones y las bayonetas revolucionarias de Napoleón.

Uno, en lo que tiene de indeclinablemente europeo, gracias a Dios, conoce una definición de Europa que vale por todos los discursos que en el salón de Gobelinos se hayan pronunciado. Es de Séneca: "Gentes in quibus romana pax disinit". Gentes hasta donde alcanzaba la paz de Roma. O sencillamente, para abreviar, hasta donde alcance Roma. Naturalmente, Séneca, por ser español, no ha estado presente en Estrasburgo, ni falta que hacía. En Estrasburgo no ha importado hasta dónde puede alcanzar la paz de Roma, es decir, la Cristiandad, sino hasta dónde pueden alcanzar los egoísmos e intereses de un grupo de

políticos laicos, laboristas y escépticos en todo. Falta, y eso es, entre otras razones, nada menos que la ausencia de los hombres que están defendiendo a tiros contra el bolchevismo su derecho a seguir siendo europeos; falta la gran voz que recuerde que Europa es una misión o no es nada. Es Cristiandad o no es nada. Y esta es la Europa que a España le interesa. Esta es la gran esperanza de los millones de seres que hoy se pudren en los cráteres sombríos de dolor en que el comunismo ha convertido a sus países. Y bien sabe Dios que ellos esperan—estén donde estén, en los campos de esclavitud, en los bosques, en las montañas o en las ciudades destruidas—un mensaje que les diga que para el corazón de Europa ellos siguen siendo europeos. Y quizá los mejores, porque están defendiendo su derecho a serlo con la sangre. La misión de su rescate debe ser la que conforme otra Europa distinta de la de Estrasburgo, donde, en definitiva, lo que se está haciendo es arrancar a la estructura espiritual del Continente los últimos harapos de jerarquía que le quedaban. Pero ¿qué sucederá el día en que la otra media Europa dolorosa acuse implacablemente? Acuse complicidades, entregas, pactos, antipactos, alianzas, contraalianzas, traiciones que todos conocemos. Nuestra bienaventurada ausencia de Estrasburgo erigirá ante los ojos de esos seres la estatua de nuestro pueblo que puede enseñar sus manos libres de toda culpa.

La Europa de Estrasburgo, laica, cómplice de esclavitudes y abrumada por el miedo y las responsabilidades en el avance rojo, no es Europa-Misión, Europa-Soldado. Un concepto auténtico de Europa que anticipó genialmente un filósofo cuando profetizó: "En toda Europa entrará la paz. Dejará de desencadenar su ira contra ella misma y volverá su mirada hacia donde están por ganar mucho honor y victoria con la conciencia limpia y de un modo que sea agradable a Dios. La lucha por cómo el uno puede quitarle lo suyo al otro se transformará en una Asamblea para ver quién será capaz de pegarle las palizas más duras al enemigo hereditario, a los bárbaros e infieles." Y los españoles podemos suscribir íntegra esta definición de Europa hecha por Leibnitz hace dos siglos con sólo cambiar la palabra Asamblea por cruzada.



ARTESANÍA ESPAÑOLA EN BUENOS AIRES

La Exposición Permanente de Artesanía Española, abierta recientemente en Buenos Aires, en el amplio salón de la calle Córdoba, ha sido una auténtica sensación en la ciudad porteña. Lejano ya el recuerdo de la Rural de la calle Florida, de mayo de 1947, este arte español de lo íntimo y personal ha vuelto de nuevo al Plata, con el encanto de una geografía del espíritu y de la belleza. Bajo un juego de arcos blanquíssimos—un aire de cortijo o de ermita cordobesa—, paredes y techos sustentan la gracia de la filigrana española. Allí hay platos de cerámica de Talavera y Valencia con animales fugitivos y caballistas velazqueños, brillando el secreto de los reflejos árabes sobre los bordes primorosos, como encajes, de los platos y ladrillos. Cántaros, jarras, vasos, búcaros y porrones del más delicado vidrio mallorquín rompen la luz en mil chispas policromas, mientras de los techos penden arañas de frágiles caireles o de hierro forjado, como las marcas de las ganaderías, continuación de un arte primitivo y sencillo de tradición bética, de donde salieron los más grandes forjadores de España.

En una vitrina, la espuma de los encajes de Almagro; la risa en flecos de las mantillas; la gracia goyesca de los abanicos hechos para descubrir sonrisas; las muñecas de óvalos finísimos, vestidas para la danza andaluza, y los graciosos

tipos en madera de pescadores y lecheros montañeses; los broches, pinjantes y alfileres de filigrana de Eibar o Toledo, con los vidrios diamantinos como rocíos de mañana; los tejadillos con Macarenas y Dolorosas a las que hacen guardia dos farolillos; los bronceos violentos de escenas taurinas iniciados en su moderna factura por Benlliure, el maestro que se nos fué.

Y luego los vestidos regionales, en los que se conjugan la tradición y la policromía, lo fantástico y lo ritual.

En sendas habitaciones se reproducen un dormitorio, un comedor y un recibimiento regionales, en madera de castaño, con colores y tallas casi desconocidos, entre los que destacan al aire solemne de los viejos bargueños la sobriedad de los tapices y alfombras, las sillas de tijera, los candelabros forjados, las lámparas marineras con empuñaduras de timones, los sillones fraileros y los de cuero repujado con escenas españolas.

España, mediante su artesanía regional, ha llevado a Buenos Aires, la ciudad tal vez más cosmopolita del mundo, un mensaje de auténtica hispanidad, de la mejor tradición artística de la patria que está allí, como si tuviese pena de alejarse para siempre de los ojos encantados de los porteños.

